

TERCER DOMINGO DE NOVIEMBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
961

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

Dom.	18	26.º después de Pentecostés. La Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo. Odón abad y Tomás monje.	Miérc.	21	La Presentación de la Virgen al Templo de Jerusalén. Santos Alberto, Demetrio y Honorio mártires.
Lun.	19	Santa Isabel de Hungría, Cris- pín obispo y Fausto diác. mrs.	Juev.	22	Santa Cecilia, Marcos y Este- ban mártires.
Mart.	20	San Félix de Valois fund., Sil- vestre, Simplicio y Bernardo obispos. Luna llena a las 22 h. 26 m.	Viern.	23	San Clemente papa, Felcitas, Lucrecia y Sisinio mártires.
			Sáb.	24	San Juan de la Cruz y los mrs. Crescenciano, Flora y María.

Domingo XXVI después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo.—(Cap. XIII).

En aquel tiempo predicó Jesús a la muchedumbre esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo. El cual es a la vista menudísimo entre todas las semillas: mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol; de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas. Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura, que cogió una mujer y mezclóla con tres satos o (celemines) de harina hasta que la masa quedó fermentada. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo por parábolas, sin las cuales no solía predicarles. Cumpliéndose lo que había dicho el profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas: publicaré cosas misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

EXPLICACION LITERAL

Hoy propone la Iglesia a nuestra consideración dos parábolas, muy cortas en su extensión, pero llenas de profundo significado. Solo una de ellas, la de la Mostaza, dará materia suficiente a provechosas reflexiones.

La Mostaza, que sirve de base a la parábola del Señor, es la planta vulgarmente conocida con el nombre

de mostaza negra. Sus diminutas semillitas de medio milímetro de diámetro tienen variadas aplicaciones. Sus usos más comunes y conocidos son dos: como condimento y como revulsivo en los sinapismos. Lo característico de la mostaza es que de semilla tan pequeña procede una planta que sobresale sin duda entre

todas las hortalizas, y en algunos terrenos favorables alcanza las proporciones de un árbol, como que excede la altura de un hombre montado a caballo. Contribuye a hacer resaltar la desproporción entre la semilla y la planta, lo rápido del crecimiento sobre todo en los climas cálidos. Para hacer notar la corpulencia de la planta, añade el Señor que en sus ramas se posan los pájaros. Y es así, que numerosas bandadas de aves acuden a la mostaza, por ejemplo, los pinzones y los jilgueros, a quienes gusta extraordinariamente su picante semillita.

De todos estos rasgos característicos de la mostaza se sirve el Señor para componer una de sus parábolas más lindas y más intencionadas.

Es la parábola de la Mostaza una de las parábolas más estrictamente llamadas del reino de Dios, esto es, una de aquellas parábolas claroscúras, con que el Señor comienza a revelar a los Judíos los misterios del reino de Dios, la íntima natura-

Oración de las madres

¡Señor!... Mira a Satán de nuevo en señoreado de la tierra.

Ve cómo se amontonan sobre la ansiedad del mundo las tinieblas del mal, cómo desgarran el horizonte relámpagos del crimen de la guerra.

Escucha, Señor, el rechinar de dientes de los ejércitos emboscados y el ruido de armas, preparándose para el fratricidio.

¡Señor!... Muéstrales de nuevo el sendero de tu gloria, que es el camino de paz y de amor... ¡porque lo han olvidado!

¡Señor!...

Escucha la voz de las madres del mundo, atribuladas ante el balance dramático de la hora, cargada de amenazas.

...Checoslovaquia y Polonia se amenazan; Italia y Alemania, mirándose con sorda hostilidad creciente, disputan el dominio de Austria aún ensangrentada; Japón y Rusia, aguzando con furor sus armas, se preparan para cubrir de duelo y sangre el suelo del Oriente; Paraguay y Bolivia, olvidando su tradición, se traban en absurda pugna de conquistas territoriales... cuando aún la mitad de sus tierras están desiertas; Rumania, España, Cuba y Uruguay hirvientes de complots ahogados en san-

leza de la Iglesia, en contraposición al pseudo-reino de Dios soñado por los Judíos carnales. Esperaban los Judíos que el reino de Dios, con el advenimiento del Mesías, se iba a inaugurar de una manera brillante y aparatosa. Se imaginaban que el reino de Dios iba a ser como una ciudad edificada en el cielo, y que de allí, hecha y derecha y como de una pieza, iba a descender a la tierra y hacer su aparición con grande aparato y universal admiración. Para deshacer esas fantasías, pero sin chocar demasiado directamente contra ellas, propuso el Señor la parábola de la Mostaza, cuyo pensamiento fundamental es que el reino de Dios alcanzará sí grandes y maravillosas proporciones, pero que tendrá principios muy humildes y escondidos. Origen humilde, crecimiento prodigioso, extensión universal: tales son los misterios de la Iglesia que el Divino Maestro nos enseña en esta parábola.

gre o en cárceles. Escarnecida por sus propios genitores, la Sociedad de las Naciones agoniza entre las burlas y el desdén del mundo. La conferencia del Desarme, falsa, pueril o insolente, befa a la que, con sangrienta ironía responden; Inglaterra duplicando su armamento y Estados Unidos saliendo al mar con la flota más poderosa del mundo. La lucha aduanera en que intentan asfixiarse mutuamente las naciones. Millones de desocupados, gimiendo su miseria, con hambre de pan y sed de justicia...

¡El caos, Señor, el caos!

¡Señor... Tú que abriste las aguas del Mar Rojo para que pudiera pasar a salvo el Pueblo elegido, abre en la demencia de la humanidad un camino de amor, para que pueda cruzar indemne la gran columna de la civilización.

¡Hazlo Señor! ¡Tú que con un soplo infundiste vida en el barro de Adán, alienta en el sucio lodo de los corazones egoístas y ciegos, un poco de vida generosa, un destello humano!

Que todo este drama inmenso que se gesta, se deshaga en bienhechora lluvia de amor... ¡Señor... Por los hombres que roturan mansamente los campos, por los niños en sus cunas... ¡Te piden, las madres de la tierra.

SILUETAS SEMANALES

EL CATOLICISMO SALVADOR

II

El amor, basado sobre un ideal sobrenatural, une fuertemente y enlaza a individuos y pueblos; el odio, por el contrario, desgasta, desmorona y aniquila a las naciones lo mismo que a cada hombre y familia.

Por esto el Catolicismo es salvador porque inculca en las mismas entrañas del hombre, que unos a otros se han de amar como a verdaderos hermanos, nacidos de las entrañas del mismo Dios, que es Padre y todo Amor.

Esto veníamos comentando en el artículo anterior: demos ahora un paso más adelante.

Manda sabiamente el Catolicismo venerar el Nombre augusto de Dios, recordando y agradeciendo los incontables beneficios y bienes que con mano pródiga está haciendo todos los días, y a cada momento, a sus criaturas. La vida, la salud, el aire que respiramos, el sol que ilumina, las lluvias que fecundan las entrañas de la tierra; ésta que como consecuencia produce y alarga al hombre sus variados, centuplicados y sabrosos frutos, ¿de quién viene esto sino de Dios? ¿No es muy razonable y muy justo, pues, alabar y bendecir su Nombre, reconociendo y amando al que se denomina con tan sagrada expresión?

Pero cuán grande es, por desgracia, la aberración humana.

En nuestros tiempos, que lo son de desvanecimiento y locura, salvo excepciones muy dignas, se declara con desdén y cinismo el odio a Dios.

En algunas naciones están organizados partidos que satánicamente se denominan «Los Sin Dios y contra

Dios», que no tienen otra infame finalidad que arrancar de raíz del alma del pueblo toda noción e idea de Dios. «La Academia de Moscov, dice un escritor, prepara 10.000 propagandistas de todas las naciones del mundo para combatir la religión y hacer propaganda antirreligiosa. Conviene, pues, contrarrestar esta ofensiva, uniendo todas las fuerzas, preparando el frente único de los que creen Dios, y que no se quieren dejar arrebatar su fe, aunque sea a expensas de su misma vida».

Dice otro autor, («Razón y Fe», Madrid, N.º 425, pg. 5), comentando el mismo hecho: «...Entre las muchas novedades que el advenimiento de la República Española echó a la calle, ninguna fué acaso tan brutal bofetada a la conciencia pública, católica en su mayoría, como el oír vocear y ver colgar en los kioscos el «Sin Dios». Y eso que a su salida teníamos con callos la sensibilidad, embotada con las tabernescas obscenidades de «La Traca» y los cerriles desahogos de Fray Lazo, derechamente dirigidos, éstos y aquéllas, contra todo lo santo y respetable.

«Y digo que a pesar de ello fué más brutal golpe el «Sin Dios», porque el «Sin Dios» tiraba más alto: hería la entraña de la fe».

Por esto; contra este odio del infierno y furiosa aberración, conviene oponer los principios de fe y de amor que proclama el Catolicismo. Las multitudes se desvían por los caminos de la impiedad y del odio más satánico; ellas se han de orientar y salvar mediante el amor nacido de una fe acendrada. Si los pueblos levantan bandera y militan contra Dios y «Sin Dios», deben presentarse aguerridas las falanges de los que creen en Dios, amándole y reverenciándole.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

— La juventud del Catolicismo —

Consideremos si en el pasado encontramos señales de niñez y en el presente caracteres de juventud.

En los primeros siglos de la Cristianidad era verdaderamente como una niña que poco a poco y con mucho trabajo debía aprender la letra de la Ley Antigua y la de la Nueva, y sacar lentamente de las palabras de la Revelación toda una moral, una disciplina, una dogmática. Las herejías, tan comunes en los primeros siglos, son los errores, los extravíos de la edad primera: la herejía es deseo de cosas nuevas, deseo veheméntísimo en los niños.

Siglo tras siglo el Cristianismo ha debido formarse la osatura potente que le dará más tarde la posibilidad de ser hombre: la Jerarquía, la Liturgia, la Teología, son los andamiajes fundamentales que se forman efectivamente en los primeros siglos, como la constitución física y moral del adolescente, está ya casi perfecta a los quince años.

Las guerras religiosas que fueron más furibundas después de aquel tiempo corresponden a las turbulencias juveniles, nacidas del deseo de reñir que se encuentra en todo mozo. Corresponde a la época de la pubertad y de la concupiscencia, y trae como resultado la insurrección de la Reforma, brote de carnalidad y de orgullo.

Hasta hoy—el cristianismo es más sabido que practicado—y como en la juventud se aprenden las verdades que han de practicarse luego en la edad madura, así parece que hoy la cristianidad trata de infundir e inculcar las enseñanzas de Cristo más bien que de vivirlas profunda y plenamente.

A pesar de las empresas apostólicas de veinte siglos el cristianismo no es todavía conocido de todos los hombres, y son pocos los que lo aceptan, e infinitamente menos los que lo practican en cada una de sus partes y todos los días. Los únicos cristianos perfectos según el Corazón de Jesús, son los santos—y el fin último de todo cristiano debería ser la santidad. Ahora bien; vosotros sabéis qué pocos han sido los santos en el ejército inmenso de los cristianos: apenas algunos miles en sesenta generaciones.

Así el cristianismo es para muchos todavía una novedad; y, para muchí-

simos, más una instrucción recibida que el principio de una vida nueva. Pero así como Cristo tomó en sí la plenitud de la naturaleza humana, la Iglesia, para ser verdaderamente el cuerpo integral de Cristo, habrá de reunir en su seno a todo el género humano, sin excepción; y considerando lo lejos que estamos de este sueño podemos fácilmente imaginar cuántos siglos habrán de transcurrir antes de que la Iglesia abarque toda la humanidad y pueda, como Jesús a la edad de treinta años, llegar a la feliz virilidad de la manifestación.

La Iglesia tiene en pos de sí un glorioso pasado, un pasado igualmente compuesto de heridas y de triunfos—pero más glorioso, en mi opinión, es su porvenir.

Ella está apenas en los comienzos de su obra: hace poco que principió a formular sus doctrinas esenciales; hace poco que llegó a los países más remotos habitados por los hombres. Ella debe convertir a los hombres en cristianos, a los cristianos en católicos y a los católicos en santos.

Empresa gigantesca y heroica que desalentaría a cualquier otra institución, pero como la Iglesia es de institución divina y como está asistida por la inspiración divina, podemos tener la certidumbre de que esta gradual metamorfosis de los hombres será obrada por ella, aunque sea a través de obstáculos y de insidias de todo género, en los siglos futuros.

Pero la misma inmensidad de la obra en la cual está trabajando y cuyo término está tan remoto todavía, nos hace sentir mejor su juventud actual. Una Iglesia vieja lo habría ya llevado a cabo todo; la nuestra (que empieza a dar los primeros pasos para la conquista universal de las almas) está en plena juventud—tan joven que quienes tienen sed de novedades vuelven a beber en sus fuentes.

Los pintores representan al Eterno como un anciano majestuoso cubierto de canas; pero cuando Dios quiso descender a la tierra, movido por el impulso de su infinita misericordia, se encarnó en un joven y quiso morir joven y su cuerpo juvenil, aunque cubierto de heridas, derribó la piedra del sepulcro judaico, para resplandecer una

vez más a los ojos de los hermanos atónitos ostentando una eterna juventud.

Decidlo muy alto y gritadlo: nuestro Dios es un Dios joven, amigo de los niños y de los jóvenes, que hará resucitar nuestros cuerpos en la edad de la juventud.

El quiere que seamos alegres, como son los jóvenes; quiere que afirmemos sin miedo la verdad, como la afirman audazmente los jóvenes.

No penséis en que nuestros libros parecen antiguos y en que nuestras iglesias están construidas con piedras seculares. También el niño aprende a leer en las palabras de Homero y de Virgilio; también el joven puede llevar los vestidos viejos de su padre. Pero el alma del niño es siempre nueva y el alma del joven es fresca, aunque el cuerpo esté cubierto de ropas raídas.

Viejos, por el contrario, son los enemigos del cristianismo y de la Iglesia. Vieja es la barbarie feroz que periódicamente reaparece en la humanidad, viejo es el paganismo que no ha muerto del todo jamás en las almas bajas y mal convertidas, viejísima es la deificación y la adoración del hombre, y más vieja todavía la idolatría bestial de la fuerza y de la materia.

Pero la Iglesia, que se enfrenta a todas estas vergonzosas antiguallas y que en parte las ha vencido, que en el curso de los siglos las extirpará total-

mente, la Iglesia fundada por un Dios joven para devolver a todos la eterna juventud del espíritu y de la carne, está todavía llena de juventud, llena de actividad y de fuerzas.

Cuando el sacerdote al comenzar la Santa Misa pronuncia la fórmula: «Introito ad altare Dei», todo el pueblo, según la liturgia romana, debería responder: «Al Dios que es la alegría de mi juventud». Y puede suceder que el sacerdote sea extremadamente viejo y sin duda hay entre los fieles muchos que han pasado los umbrales de la ancianidad, pero, con todo, el versículo litúrgico es de una exactitud sobrenatural. Para la Iglesia que es joven no existe la ancianidad; ante el sacrificio cristiano, aun el viejo caduco puede hablar sin incurrir en ridículo de su juventud y de la alegría de su juventud.

Vosotros sois, amigos míos, hijos jóvenes de una Iglesia joven; sois los miembros jóvenes de Cristo joven—no os adormezcáis, pues, como los viejos, no desertéis como los decrepitos. Tres son los deberes de los jóvenes: aprender, combatir y conquistar: aprended las eternas verdades de la Fe, combatid las vejezes del error, conquistad nuevas almas a la verdad, entonces seréis dignos de nuestra Madre rebotante de juventud.

Giovani Papini

ACTO HEROICO

Para la validez del acto heroico y para el lucro de las indulgencias que le están atribuidas, no es necesario pronunciar una fórmula concreta; con la intención basta. Pío IX, en su decreto del 30 de Septiembre de 1852 menciona y recomienda la fórmula siguiente: «Para vuestra mayor gloria, oh Dios mío, trino y uno, y para imitar más de cerca a mi dulcísimo redentor Jesús, y para mostrarme más sincero devoto de la Santísima Virgen María, madre de misericordia y madre también de las pobres almas del purgatorio, yo N... me propongo, en la medida que me sea posible, cooperar en la redención y libertad de las almas encarceladas, que aún deben a la Justicia Divina satisfacción por sus pecados. Yo os prometo, sin obligarme, con todo, a pecado, trabajar sinceramente para librar del Purgatorio todas aquellas almas cuya libertad la desea la Santísima Virgen María. Con este fin, pongo en las manos de tan bondadosa Madre todas mis obras satisfactorias, así como también todas las que me serán aplicadas en vida, en muerte y después de la muerte. Yo os suplico, Dios mío, que aceptéis y confirméis esta ofrenda como yo la renuevo y la confirmo para vuestra gloria y salvación de mi alma. Y si todas mis obras satisfactorias no bastaren para pagar la deuda de las almas que la Santísima Virgen quiere librar, como también la mía contraída por mis pecados, que yo detesto y aborrezco de todo corazón, yo me ofrezco, Señor, si es esto de vuestro agrado, a satisfacer la deuda restante por medio de las penas del Purgatorio, confiándome a vuestra infinita misericordia y abandonándome en brazos de María, mi tierna Madre. Pongo por testigos de mi promesa y ofrenda a todos los bienaventurados del cielo, a la Iglesia toda, a la militante y paciente. Así sea.

LA SANTIDAD DE LA IGLESIA VIENE DE DIOS

Desde la predicación apostólica, en los albores del Cristianismo, la humana debilidad del corazón confesaba su impotencia para regenerarse y vencerse. Unos tenían por locura y otros por necedad las máximas de perfección evangélicas nacidas en el regazo de la Cruz. No es imposible la santidad, pero es ardua en sí misma. Dios no manda ni impone obligaciones por sobre las fuerzas morales de la voluntad; luego es evidente que allí donde encontremos el hecho constante de la santidad, no estéril, sino fecunda, no sobria y recatada, sino visible y deslumbrante de divinos resplandores, es porque Dios está allí. Esta dificultad nace de nuestros egosmos, de nuestra concupiscencia, del atractivo de las criaturas, de la avaricia, del orgullo, de la cobardía, de esa abundancia de malicia que hay que depurar con dolor y sentimiento de nosotros mismos, si queremos salvar todo el ser moral. Y si esto es innegable en uno y varios individuos, ¿qué decir de toda la muchedumbre de hijos hermosos y santos como la Iglesia presenta a la mirada fija e inquietante de la impiedad? ¿Cuánto más necesario y patente será el gobierno de Dios en la vida de continuos heroísmos y de tantos héroes como la Iglesia tiene en su flor *sanctorum*? Y si el heroísmo más sobresaliente, esforzado, es el de los mártires, ¿qué otra fuerza de convicción puede existir bajo la luz del sol para alumbrar aquella fe inabafible, y para sostener aquel valor indomable y no vencido, sino el puro amor de Dios, más fuerte que la muerte, más duro y constante que el hierro y el acero, más cálido y ardiente que el fuego de la hoguera, más adherido que el abrazo mortal de los leones del Circo? Y como si esto fuera poco, para rendir el sí del entendimiento imparcial y amante de la verdad, ahí está vivo en la historia y presente a nuestro testimonio y comprobación el milagro, poder divino en las manos de sus siervos para suspender

las leyes más fijas de la ciencia médica, de la astronomía y de la psicología experimental, sanando enfermos, resucitando muertos, trasladando montañas y deteniendo el sol en su camino, enladrillando las olas del mar, dando al cuerpo mortal y muerto la frescura y lozanía propias de un niño. ¡El milagro! Con esa sola arma ha derribado en tierra la Iglesia católica a cuantos caballeros andantes del sofisma y del error han salido a la palestra de la controversia racionalista y sectaria. La Iglesia los cuenta a millares; las religiones contrarias, y menos la protestante, no pueden presentar a la crítica y examen público ni un solo milagro. Con lógica no replicada pudo, ya en su tiempo, el santo y sabio Cardenal Belarmino desafiar a los corifeos de la Reforma a que no contaban para la confirmación de sus falsedades con ningún milagro ni con la curación de la pata de un caballo. No haya miedo de eso, ni hoy ni nunca. El milagro, signo y prueba definitiva de la divinidad de una religión, sólo lo hallaréis en la santidad, fecunda, creciente, perfecta y siempre viva de la santa romana Iglesia, nuestra Madre.

APLICACIÓN MORAL

Nadie, nadie puede probar y vencer de pecado alguno a Jesucristo. Ni sus más fieros enemigos hallaron en El defecto alguno. Al contrario, el pueblo repite de El la suprema alabanza de haber hecho bien todas las cosas; de resultas de un proceso inicuo, vemos que el traidor devuelve los treinta dineros como precio de una sacrílega venta; la mujer de Pilatos amonesta a éste que nada ejecute contra este Señor; el juez asegura más de una vez no hallar delito ni causa para sentenciarle a castigo; el capitán de bandidos defiende la inocencia de Jesucristo desde la tribuna de su tormento en el foro del Calvario, y aun después de muerto el centurión le

confiesa por santo e Hijo de Dios. ¡Jesucristo inocente y muerto en cruz! ¿Tú culpable y con salud y vida? Bien es verdad que tus culpas han de ser lavadas con sangre purísima de este Cordero blanco y sin mancha, como alba y celestial, santa y divina salió de su costado abierto la Iglesia Católica. Ella, apropiándose la frase retadora y tranquila de su esposo, puede desafiar a sus enemigos, diciéndoles: ¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado y negar mi santidad inalienable? En la seguridad de que ni la insidia del demonio, ni la calumnia de los heresiarcas, ni el odio del judaísmo, ni la ciencia de los adversarios, ni la opresión de los gobernantes, ni el hierro de los tiranos, logró mancillar su honra immaculada, ni ocultar un solo rayo solar de su prestigio, ni menguar un ápice el peso de su prestigio e influencia, ni torcer las rectas normas de su santidad.

Todas las gotas de sangre derramada en la adversidad por hierro sacrilego hanse trocado en nuevos hijos de su fecundidad. Dios está con la Iglesia; por eso su santidad no puede morir, ni ella misma, ni en sus héroes, ni en sus obras monásticas, ni en la sociedad humana. Siempre tendrá mártires que ennoblezcan a la humanidad; siempre tendrá en su mano el arma del mi-

lagro con que herir de muerte las audacias blasfemas de la herejía. Y Tú, cristiano, puedes preguntar, sin miedo, ¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?... ¿Qué responden, Dios que ve tu interior, la conciencia que testifica tus intenciones y el demonio a quien son patentes tus obras externas, aunque secretas? ¿Qué acusan los pobres a quienes desprecias, los niños a quienes no instruyes, los jóvenes a los que no salvas, los enfermos a quienes no consuelas, los obreros a quienes explotas? Pues a tiempo estás: en el día del juicio debes tener tan bien administrada tu vida, tu dinero, tus cualidades y entusiasmos, que todos estos seres sean tus abogados defensores, lo sea la Santa Iglesia y lo sea Jesucristo, a quienes honraste con tus santas costumbres. Aprende a ser santo, y habrás hecho por el Señor cuanto te pertenece y es tu deber, y no olvides que esa confesión de fe cristiana que hacen tus obras buenas delante de los hombres, tendrá su complemento en los cielos, ante el Padre celestial, según promesa jurada de nuestro Señor Jesucristo.

M. B.

LA "OBRA SERAFICA DE LAS MISIONES"

Esta obra Seráfica que tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles, fué fundada en el año 1889 y ha sido aprobada y bendecida por los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV, y Pío XI. A fin de que las personas que ya están inscritas no pierdan las innumerables gracias de las cuales pueden participar, les recordamos que el tiempo mejor para renovar la *Inscripción* es antes que termine el año; lo mismo que el inscribirse por primera vez las personas que nunca lo hubiesen hecho.

Para cuanto tenga relación con la Obra indicada, pueden dirigirse al P. Director que lo es Fr. Zenón de Arenys de Mar. Para las inscripciones, a las Celadoras delegadas o a la administración del «Heraldo Seráfico», de quienes recibirán una hojita como recibo de la limosna que hayan entregado y en la cual podrán leer lo que les conviene saber en cuanto a la historia y las gracias de que participan los que favorecen a dicha Obra.

Fr. Z.

SONETOS MISTICOS

En tierra salta el marinero osado,
Y mientras clava la quebrada entena,
A nuevo derrotero se condena,
De los pasados riesgos olvidado.

Torna del monte el leñador cansado,
Y al sentarse a tomar su sobria cena,
Sus cáñamos y espartos encadena
Para ir mañana al árbol desmochado.

Rompió ayer el cantero los breñales,
Y hoy vuelve con el sol por la columna,
Que dejó mal labrada en la cantera.

Así pasan la vida los mortales;
Sifianlos los trabajos en la cuna,
Y los siguen en toda su carrera.

JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA

Cuando al sonido del clarín llamado
El hombre salga de su tumba fría,
Supremo Juez en el tremendo día
Descenderá de incendios rodeado.

Premio al justo dará, pena al malvado
Que de su ley eterna se desvía;
Pero, ¿cuál es, ¡oh Dios! el que podría
Aparecer sin mancha de pecado?

No hay mérito sin Ti; mas si la ofensa
Perdonas, y el error se desvanece
Al lloro del mortal arrepentido,

Hoy sacrificios en tu templo ofrece,
Y se atreve a esperar piedad inmensa;
Porque eres Tú, Señor, el ofendido.

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

El hambre en Rusia

Nueva York.—El Dr. Ewald Ammende, secretario del comité interconfesional e internacional para ayuda a los distritos hambrientos de Rusia, ha trazado un cuadro inimaginable de la miseria en algunos centros rusos. El señor Ammende, que acaba de llegar de Europa, declaró que su comité, que está presidido por el Cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, opina que, por lo menos 10.000.000 de personas perecerán de hambre en Rusia este otoño si no se les proporciona ayuda adecuada. Agregó que el mundo no comprende la extensión del daño causado a los cultivos rusos por la sequía de la primavera.

El Dr. Ammende exhibió fotografías, oficialmente publicadas por el comité Innitzer, que presentan los cuerpos de los paisanos hambrientos de las ciudades de Ucrania, yacentes en el borde de las aceras. Algunas fotografías, impresas en Charcow, principal ciudad de Ucrania, muestran a personas que transitan indiferentemente junto a tales escenas, que ya son familiares.

El comité Innitzer hará dentro de poco un llamamiento a las naciones que tienen excedentes de granos para que transfieran cereales al gobierno de los soviets, para ser distribuidos.

«La situación de hoy, dijo Ammende, es casi idéntica a la de 1920-21. Entonces el gobierno desmintió también la epidemia de hambre, pero cuando el mundo le ofreció

su ayuda, ella fue aceptada y se reconoció la extensión de la terrible situación. El año pasado la cosecha rusa se dijo que fue regular; aun entonces, de diversas fuentes fidedignas se calculó que perecieron entre cinco y diez millones de personas a causa del hambre. En este otoño e invierno los resultados serán por lo menos tan malos, a no ser que el mundo acuda en ayuda con sus excedentes de cereales.

El Doctor Ammende declaró que el hecho más trágico de la epidemia de hambre de 1933, ha sido que «mientras millones de seres humanos se morían de hambre en Ucrania, en otras regiones de Rusia los Soviets exportaban cerca de 5.000 toneladas de granos, para adquirir cambio extranjero». Agregó que los soviets, virtualmente, admitieron en propia alarma al aumentar el precio del pan el 100 por 100, en mayo.

Actuando como representante personal del cardenal Innitzer, el doctor Ammende viajará a través de los Estados Unidos y Canadá, para presentar estos hechos a las instituciones religiosas y funcionarios oficiales.

(DE CANJES).